

La banda sonora de mi vida

Berta MORENO MORENO*

Un domingo cualquiera a las nueve de la mañana. Tendría yo unos siete u ocho años y compartía habitación con mis tres hermanas. Seguramente estábamos ya despiertas, pero teníamos que esperar pacientemente en la cama a que fuera la “hora de levantarse”. Por fin, desde la habitación donde estaba el tocadiscos, se escuchaba un fragmento de zarzuela de alguno de los discos que había por casa: *La verbena de la Paloma*, *Los gavilanes*, *Luisa Fernanda*, *Katiuska*,... Pero entre todos, ocupa en mi memoria un lugar destacado **El caserío** de Jesús Guridi. Creo recordar, además, que fue la primera zarzuela que fui a escuchar con mi padre en el Teatro Gayarre, siendo todavía una cría. Todavía hoy cuando escucho las primeras notas del preludio del segundo acto, me invade una sensación de felicidad, como si me llegara una ráfaga de aire fresco de las montañas. Guridi en este fragmento utiliza como base un tema popular vasco, el *zortziko* de San Juan, pero lo transforma como solo un maestro de la armonización y orquestación como él puede conseguir.

La primera vez que subí las escaleras de entrada del Conservatorio Pablo Sarasate de la calle Aoiz para examinarme de solfeo tenía unos ocho años, y desde luego no podía imaginar lo que el encuentro y la relación con la música iban a suponer en mi vida: éxitos, fracasos, amistades, muchas horas de trabajo, y sobre todo, aprendizaje y experiencias. Entre estas, un recuerdo emocionado se sitúa en las clases de Conjunto Coral de la mano de Pascual Aldave, a mis diez y once años. ¡Qué pena que los alumnos de música hayan perdido la oportunidad que teníamos nosotros de sentirnos parte de algo tan importante como un coro mixto junto con una orquesta! Entre las piezas que cantábamos se puede decir que no cabía más variedad de estilos: del Canto Gregoriano a Britten y Remacha, pasando por Eslava, Ravel y, por supuesto, Johann Sebastian Bach. Pero el recuerdo más impactante es, sin duda, el fragmento del final de la **Oda a Santa Cecilia de Haendel**, que cantábamos en la misa en honor de nuestra patrona el 22 de noviembre, en la iglesia de Santo Domingo. Cuando escucho alguna de las grabaciones que se conservan de esa época, no puedo evitar que se me escape alguna lagrimilla recordando la emoción que teníamos esos “mocosos” de once o doce años al cantar a pleno pulmón aquello de “The dead shall live”. Evidentemente los criterios de interpretación de música barroca han cambiado mucho desde los años setenta hasta ahora. Pero el objetivo pedagógico que se perseguía se consiguió con creces: muchos de nosotros nos enamoramos para siempre de la música.

El instrumento al que he dedicado más horas en mi vida es el piano, cuyos estudios realicé (primero como alumna libre y después oficial) desde los siete hasta finalizar la carrera a los veintiún años. Durante los primeros años todavía no disponía de instrumento en casa, así que

237

* Profesora de Musicología en el Conservatorio Superior de Música de Navarra. Autora del libro *Felipe Gorriti. Compositor, maestro de capilla y organista*.

tenía que aprovechar para tocar en alguno de los que había en el colegio (más o menos viejos, y más o menos afinados). Mi profesora de piano y solfeo, la hermana Gloria, me inculcó unos hábitos de estudio y “optimización” del tiempo que me han acompañado toda mi vida: aprovechaba cuando tenía un rato libre, antes y después de las clases, durante el recreo..., y lo cierto es que en esa época obtuve los mejores resultados. Posteriormente ingresé como alumna oficial con Miguel Ángel Otaegui, con quien desarrollé un trabajo más serio y comprometido. Entre las piezas que trabajé, destacan los estudios op. 10 y 25 de **Chopin**, tan bellos como endiabladamente difíciles de tocar. Siempre que he escuchado tocar las dos series completas, me quedo con la sensación de que ya no se puede decir nada más, como si tanto el pianista como el instrumento se quedaran exhaustos. Si tengo que escoger, elegiría el **Estudio op. 10 n° 3**, conocido habitualmente como “*Tristesse*”, ya que contrasta una primera parte muy bella y expresiva con una segunda extremadamente compleja desde el punto de vista armónico y técnico: hay varios compases en los que no hay una sola nota que no esté alterada y el concepto de tonalidad empieza a desdibujarse, preludiando lo que ocurrirá años después con la disolución total de la misma. (Por cierto, acabo de comprobar que mi libro de los Estudios de Chopin podría ganar el *Guinness* al mejor amortizado de la historia: lo utilizamos las cuatro hermanas, lleva anotaciones y digitaciones de todos nuestros profesores y rara es la página que no está recompuesta con cinta adhesiva).

238

Durante mi época de estudiante en la universidad de la carrera de Geografía e Historia, fue creciendo espontáneamente en mí un interés por la Historia de la Música, cuya enseñanza pasaría a ser con el tiempo mi trabajo y mi pasión. En esa época solía escuchar continuamente Radio 2 (actual Radio Clásica) y acostumbraba a apuntar en un papel las obras que llamaban mi atención, para más adelante adquirirlas o pedir las como regalo. Entre ellas, ¡cómo no!, había una del que para mí es sin duda el compositor más grande de todos los tiempos, **Johann Sebastian Bach**. Se trata del **Concierto para violín BWV 1041 en La menor**, en especial el segundo movimiento, Andante, con ese motivo ostinato de la orquesta sobre el que se eleva el violín como si fuera un milano planeando sobre los campos.

Mi relación con el Canto Gregoriano comenzó cuando estaba terminando la carrera. Estando en Daroca, en el curso de Música Antigua que se celebra anualmente en esa localidad, conocí a Juan Carlos Asensio, gran investigador e intérprete, al que tengo que agradecer como profesor, y sobre todo como amigo, que me transmitiera no solamente sus enormes conocimientos, sino además su contagioso entusiasmo por esta música, que yo también confío inculcar a mis alumnos. Dadas las fechas en las que nos encontramos, elegiré el **introito de la misa de Navidad: Puer natus est** cuyo texto dice “Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado”. El Gregoriano se caracteriza por ser un canto cuya función es dar relieve al texto sagrado. En este caso, la alegría por el nacimiento de Cristo se manifiesta en los saltos ascendentes hacia las notas agudas, además de la utilización de un modo (especie de escala), el *tetrardus* auténtico, que fue calificado por Guido d’Arezzo como “angélico”.

Sería aproximadamente hace veinticinco años. Estaba cursando mis estudios de órgano en el Conservatorio cuando el profesor me entregó para estudiar una obra de Felipe Gorriti: la

Esperanza. Elevación y plegaria. En aquel momento no podía sospechar ni remotamente que ese autor navarro de música para órgano y religiosa de la segunda mitad del siglo XIX sería objeto de mi tesis doctoral, posteriormente publicada, y que pasaría en total más de quince años y miles de horas descubriendo la belleza de su música. Esta “elevación” se puede considerar como una obra de transición, ya que presenta características propias de los órganos anteriores comúnmente denominados “barrocos” (como la escritura en doble pentagrama o la ausencia de reguladores y, por tanto, del uso de pedal de expresión), junto con otras románticas en cuanto a estilo (utilización del legato) y registración (voz humana, flautados, violón, etc.), apropiadas para los órganos de ese periodo estilístico. Además, Gorriti despliega en esta pieza todo su conocimiento de la armonía romántica.

Las seis piezas que he escogido no son ni las más importantes ni las más representativas de la historia de la música, pero son las que en algún momento han formado parte de mi vida, me han llegado al corazón, y por eso se puede decir que forman parte de “mi” historia. Y, como se suele decir: “No están todas las que son, pero sí son todas las que están”.